

La novedad del Quijote

Soledad Puértolas

Antes de nada, como lectora y, por tanto, beneficiaria directa, quiero agradecer a los estudiosos la constante investigación que dedican a la obra de Cervantes, porque cuanto más cerca esté el texto que leemos del espíritu con el que fue escrito, nuestro disfrute y nuestra comprensión serán mayores. Ya se han comentado aquí algunas de las novedades de esta nueva edición del Quijote, que parte del Quijote patrocinado por el Instituto Cervantes y pasa a ser un volumen más de la Biblioteca Clásica de la Academia. Un volumen más, pero el volumen más imprescindible, el que fundamenta el sentido de la colección.

Muchas veces, los descubrimientos e iluminaciones de los estudiosos vienen a coincidir con intuitivas apreciaciones personales y eso produce en el lector una gran satisfacción. La famosa primera frase del Quijote, “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”, que en mis viejos tiempos escolares e incluso universitarios se calificaba de enigmática, apuntando, en todo caso, a una fobia personal del autor hacia el lugar de los hechos, a mí me parecía que, sobre todo, indicaba que el lugar donde vivía el ingenioso hidalgo daba un poco igual y que no merecía la pena andar con precisiones, porque las precisiones, en muchos casos, en lugar de sumar, restan. Ese era el mensaje que yo recibía y que se corroboraba en más ocasiones a lo largo de la obra para adquirir, en determinado momento de la Segunda Parte, categoría de principio. Es el mismo autor quien pide que su obra sea juzgada, “no por lo que ha escrito, sino por lo que ha dejado de escribir”.

Efectivamente, nos dicen ahora los estudiosos, ese “no quiero acordarme” no implica mala disposición de la memoria, sino que es un giro coloquial que sólo significa olvido. Y un olvido justificado, creo yo, un olvido muy cervantino.

Los ejemplos son muy numerosos y de muy diverso tipo. El vocabulario empleado en el Quijote se nos acerca cada vez más. El “astillero” de la famosa “lanza en astillero”, uno de los rasgos que definen a nuestro héroe, como leemos

en la primera descripción que se nos hace del caballero, es, según nos ilustra la edición académica, una especie de perchero destinado a guardar las armas caballerescas. Es de notar, y de felicitarse por ello, que en la vigésimatercera edición del Diccionario de la lengua española figure, en la tercera acepción de la palabra “astillero”, esta definición: “Percha en que se ponen las astas o picas y lanzas”. Esta acepción de astillero, exactamente igual, ya está en la edición de 1770 (revisión del Diccionario de Autoridades) El diccionario de la Academia, como saben, siempre ha tenido a gala contener entre sus palabras todas las del Quijote.

La gran novedad del Quijote es que nunca deja de ser nuevo. Resiste la traducción las lenguas más diversas, resiste el peso de todos los estudios que se han hecho sobre él y de todas las notas eruditas. Resiste, y se enriquece con todo ello. Y, sobre todo, se enriquece y vuelve a vivir cada vez que un nuevo lector se pierde, feliz, entre sus páginas. Hay muchas, muchísimas razones, para fundamentar la fama del Quijote. Finalmente, y por encima de todo, es el nuevo lector el encargado de renovar el rito, la consagración, la proclamación de la maestría, de la genialidad. El rito consiste en leer el Quijote.

Les invito a realizar un brevísimo amago del rito que, sin duda, llevarán a cabo enteramente más adelante, cada uno por su cuenta. Echemos una rápida ojeada a La aventura del barco encantado, el capítulo XXIX de la Segunda Parte. (págs 948-955 de la edición académica)

“Por sus pasos contados y por contar (...) llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fue de gran gusto a don Quijote (...) (su) alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos.”

La barca, amarrada a una orilla, sin remos ni jarcias algunas, le parece al caballero una clara invitación: “Has de saber, Sancho -dice- que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita”.

Recordarán cómo acaba el asunto. Don Quijote se empeña en hacer de las aceñas -molinos de río- una fortaleza y los molineros, que llevan el rostro

enharinado son, a sus ojos, los encargados de la defensa del castillo. Sin dudarlo, “puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros, diciéndoles.

-Canalla malvada y peor aconsejada, dejar en su libertad a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida (...).”

Como es lógico, la canalla malvada echa mano de sus varas para detener el barco, pero -nos dice el narrador- “no de manera que dejaran de trastornar el barco y dar con don Quijote y Sancho al través en el agua (...) y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso a entrambos, allí había sido Troya para los dos”.

Es decir, que los molineros salvan al caballero y al escudero. Hecho lo cual, reclaman, con la lógica que les caracteriza, el pago de los destrozos. Pero don Quijote no cede en su empeño y pide dejen libres a las personas allí retenidas. Los molineros -lógicamente, de nuevo- se indignan.

En tal situación, don Quijote realiza una operación de alta, insuperable magia. “En esta aventura -se dice para sí- se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta (...) Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más”.’

Por supuesto que puede más. Al recurrir a los encantadores contrarios, don Quijote proclama su superioridad, es el dueño de su propio juego.

Aquí está, sin duda, la constante novedad del Quijote. Es Cervantes quien reparte la baraja, el único que conoce y domina las reglas del juego.

Analicémoslo, porque siempre encontraremos novedades, hagámoslo más rico con investigaciones lingüísticas y literarias. Leámoslo. Llevemos a cabo el rito de descubrirlo una y otra vez, de sentirnos asombrados y conmovidos porque ha sido escrito para nuestro deleite y conocimiento, para nuestro provecho, desde el asombro y la inteligencia, desde los límites y las dudas de nuestra condición humana, y desde el orgullo de quien decide tener la última palabra sobre sí mismo.